
A5

PIEDRAS EN LA BOCA

HISTORIA DE FARKAS

IVÁN DÍAZ BARRIUSO



Farkas Bartók nace en Hungría a finales del siglo XVII en el seno de una familia noble. Es hijo único y no tiene parientes vivos. Su abuelo fue general en la guerra contra Turquía y consiguió un título de conde por los servicios prestados. Su madre heredó el título.

Su padre era un comerciante de cierto éxito. Se dedicaba a importar para los mercados occidentales diversas mercancías de calidad procedentes del medio y lejano oriente: alfombras, tapices, antigüedades, etc. Con este comercio había ganado mucho dinero.

Su padre y su madre se conocieron en una fiesta de sociedad y se casaron después de un largo noviazgo.

Farkas recibió una educación elitista privada a base de unos cuantos profesores particulares y tutores que iban a la

mansión-castillo señorial de la familia. Farkas salía poco y no tenía muchos amigos, más que los hijos del jardinero. Esta soledad le forjó un carácter imaginativo e introvertido.

Su madre es una mujer frágil, enfermiza. Es muy buena con él y le profesa un gran amor, pero apenas se ocupa de él debido a su precaria salud. Le transmite un sentido romántico y pasional de la vida y de la muerte. Muere a los 34 años cuando Farkas acababa de cumplir los 12.

Tiene un entierro de gran postín al que acuden los trabajadores de la mansión, algún viejo amigo de su abuelo el general y socios, amigos y correligionarios de su padre. Por parte de su madre solo fue el médico que la trataba y su mujer, su madre no había tenido ni amigos ni familiares.

La fuerte estética gótica que rodeó el entierro quedó grabada en la mente de Farkas.

Su padre era un hombre fuerte, corpulento y de carácter imperativo. Era muy culto y estaba interesado en las ciencias ocultas y esotéricas: su objetivo era conseguir mayor poder. Gracias a sus contactos de negocios con anticuarios orientales, muchos de ellos alquimistas y magos, había adquirido una importante biblioteca, conocimiento y experiencia ocultista.

Su interés por estos asuntos llegó a ser tan importante que ingresó en una logia elitista de corte oculto en la que se practicaban ciertos ritos y fluía torrencialmente el tráfico de influencias.

Sin embargo no tenía talento ni cabeza para las artes y nunca consiguió que ningún conjuro funcionara. Por ello, al darse

cuenta de que su hijo tenía ciertas dotes artísticas y una gran sensibilidad sin duda heredada de su madre, decidió introducirle en el conocimiento hermético, con la esperanza que suelen tener muchos padres de desahogar sus frustraciones en los éxitos de los hijos, como si el éxito de un hijo fuera el éxito propio, carne de su carne, una extensión de sí mismo.

Estos estudios eran profundos, misteriosos y fantásticos, encajaban a la perfección con el carácter de Farkas, rápidamente y sin insistencia se sumergió con gran voracidad en su aprendizaje. Al cabo de un tiempo su padre confirmó el gran talento de Farkas para estas artes, pronto comenzó a tener sus primeros éxitos.

Con el tiempo consiguió conjurar y emprender relaciones con importantes entidades del submundo. Su padre empezó a alejarse de él, sus actividades se habían vuelto muy complejas y oscuras y su poder crecía, su padre ya no entendía nada, su intelecto no alcanzaba, le tenía miedo. Pero Farkas continuó independientemente, ya era imparable. Llegó a un nivel de maestría tan alto que solo había dos tres personas en toda Europa dignas de equiparársele, grandes brujos.

En una noche de Valpurgis experimentó con el hechizo de la inmortalidad, el más complejo. Conjuró antiguas entidades inundadas de poder primigenio. Aquella noche, en la aldea protegida por su castillo, se oyeron centellas y se vieron extraños prodigios. A partir de entonces corrieron los rumores por los pueblos aledaños y se creó una superstición sobre el Strigoi hijo del amor y la brujería. Farkas se había convertido en un vampiro por méritos propios.

Había muchos pueblos y muy poblados, oscuros de noche, sometidos por la superstición, la religión, la fe. Era un

caldo de cultivo, tenía alimento de sobra.

Pasó el tiempo y llegó la revolución soviética. Todo su dinero y propiedades heredados de sus padres fueron confiscados y se vio obligado a vagar por los cementerios más antiguos. Los comunistas no solo le trajeron la ruina económica y lo empujaron al vagabundeo, sino que impusieron un pensamiento prosaico que acabó con la religión y lo místico. Las ideas agnósticas de pensadores como Marx, Engels, Freud, Nietzsche y su muerte de Dios, etc. Empezaron a inundar toda Europa. Todo ello menguó su poder y su vitalidad, él necesitaba la fe antigua, la superstición. Decidió emigrar.

Primero emigró a Alemania. La llegada de los nazis y su misticismo nórdico le dio una cierta tregua, pero rápidamente los norteamericanos comenzaron a invadirlo todo. La ciencia, las luces, los pueblos comenzaron a ser abandonados, ya no quedaba nadie con creencias ancestrales.

Siguió su emigración desesperada hacia el occidente: Italia, Francia, la modernidad, los años 60, no encontraba su lugar. Los pocos vampiros que había por el mundo y con los que había contactado a lo largo de los siglos, iban desapareciendo por falta de alimento y de fe.

Se dio cuenta de que el mundo musulmán aún conservaba una cultura medieval, con creencias religiosas muy fuertes y, aunque el clima, paisajes y estética de esos países no encajaban con su ser, podría ser un buen caldo de cultivo, además podría volver a los orígenes, a los conocimientos ocultos árabes que su padre había adquirido hacía muchos años, que le había transmitido y que había dado origen a todo aquello.

En Francia descubrió una tenue corriente de misticismo, se trataba del Camino de Santiago, por el que los últimos creyentes cristianos de toda Europa peregrinaban hacia un lugar sagrado situado en España. Pensó que era su oportunidad, desde España podría cruzar al norte de África y al mundo árabe y, además, viajar por aquel camino le procuraría encuentros con verdaderos creyentes y alegres noches en oscuros albergues donde le podría echar el diente a algún peregrino.

Así transcurrieron varias jornadas en las que se pudo alimentar decentemente y así fue como llegó a Burgos. De pronto se encontró con una ciudad que parecía haberse congelado en el tiempo. Con un aspecto medieval como pocas de su época, gótica, oscura. Una provincia con una gran cantidad de pueblos todavía habitados y con gentes campesinas y muy creyentes. Además el clima y el paisaje se asemejaban a su tierra natal, parecía perfecto. Decidió quedarse allí y se estableció en el cementerio.

Sin embargo la modernidad y el descreimiento también llegó hasta Burgos, no con tanta fuerza y rapidez como en otras partes, pero ya se estaba dejando notar. Estaba muy débil, no podría aguantar mucho más, todos los vampiros que conocía habían desaparecido: creía que era el último de su especie.